

Dios: y con muy justa razón por cierto, porque todo sin Dios no os basta, y sólo Dios os será todas las cosas, según que en un salmo se escribe conforme á una traslación hebrea (1): En vuestro rostro, Señor, está el cumplimiento y abastanza de todos los bienes.

(1) Ps. 16.



CAPITULO VII

CÓMO SÓLO EL AMOR TRIUNFA DE DIOS Y SE TIENE CON ÉL Á BRAZO PARTIDO, Y DEL TIEMPO Y LUGAR DE ESTE DUELO.

CUENTA la divina Escritura (1) que caminando el Patriarca Jacob, lleno de riquezas y con mucha prosperidad, para su tierra, temeroso de encontrarse con su hermano Esaú, después de haber hecho algunas prevenciones para aplacarle y librarse de sus manos á los primeros encuentros, pasó con sus dos mujeres, hijos y criados, el vado de Jaboe, y, retirado de la gente, púsose en oración; y veis aquí, dice el sagrado texto, que un varón luchaba con él á brazo partido hasta la mañana; y viendo que no podía rendir ni derribar al Santo, pellizcóle en una rodilla, desencajóle la choquezuela y secósele luego el nervio en que juega. Con todo esto se tenía fuerte Jacob, y tanto, que por bien de paz le pidió aquel varón que con él luchaba (que era

(1) Gén., 32.

Dios, ó un ángel en su nombre) que le dejase, porque venía el día y no quería ser de nadie visto. Jacob no quiso soltarle sin que primero le echase su bendición, porque del pellizco de la rodilla conoció tener virtud divina el que con él luchaba; pídele que le diga cómo se llama, y respóndele que *Jacob*; y dícele: *No te llamarás de aquí adelante Jacob*, que quiere decir luchador, *sino Israel*, que quiere decir príncipe con Dios, y esto por que pierdas el miedo á Esaú; *pues si has prevalecido contra Dios* (que Dios es con quien has luchado), *no tienes que temer á los hombres*.

De esta lucha hizo mención el profeta Oseas en el cap. XII, donde dice (1): *En su fortaleza se asió Jacob con el Ángel, lloró, y con humildad le rogó que le dejase*. Admirable lucha por cierto: Dios con un hombre, y que el hombre venza á Dios, y que Dios lllore, y humildemente pida que el hombre le suelte, como vencido y rendido. Yo, aunque entiendo que, á la letra, el fin de este duelo fué dar confianza Dios nuestro Señor á su amigo Jacob y quitarle el miedo que tenía de su hermano Esaú, dejándose vencer siendo Todopoderoso; en el sentido espiritual y místico se me trasluce una lucha muy más admirable que ésta, donde real y verdaderamente el hombre

(1) In fortitudine sua directus est cum Angelo (vel cum Deo), et invaluit ad Angelum, et confortatus est, flevit, et rogavit eum.—Osæ., 12.

vence y Dios queda vencido; y ¿qué lucha puede ser ésta sino de amor? Porque, si no es amando, ¿quién podrá luchar con Dios? *Gran cosa*, dice San Bernardo, *es el amor, el cual sólo se puede tener á brazo partido con Dios* (1). Si Dios se enojare conmigo, ¿será bien, dice, enojarme yo con Él? No, por cierto, sino temer y estremecerme y pedirle me perdone. ¿A quién le fué bien, dice Job, resistiendo á Dios? (2) Si arguyere conmigo, ¿tengo de argüir con Él? Tampoco, porque mis argumentos justificarán más su causa (3). Si me juzga, ¿juzgarle he yo? Menos; antes, postrado por tierra, le tengo de adorar, y decir con el Profeta (4): *No entréis con vuestro siervo en juicio, que no hay justicia para parecer delante de Vos en ninguno de los hombres*. Él es Señor y yo siervo, Él ha de mandar y yo obedecerle. Divinamente concluye Job su razonamiento. ¿Sabéis quién es Dios? Es Aquel á cuya ira no hay quien resista, ni hay poder en la Tierra ni en el Cielo contra Él, y debajo de quien se humillan los que sustentan el orbe, que son los ángeles ó los poderosos del mundo. Pero si me ama Dios, y amándome me hiere y me lastima, ¿no le podré yo pagar en la misma moneda? ¿No tendré licencia de amarle y herirle?

(1) Serm. 87, super cant.

(2) Quis restitit ei et pacem habuit?—Job, 9.

(3) Si voluerit contendere cum illo, non poterit respondere unum pro mille.—Ibid.

(4) Ps. 142.

Eso sí, porque á sólo el amor le es concedido luchar con Dios. Que, como dice nuestro Bernardo (1): «Cuando Dios ama, no quiere otra cosa sino ser amado, porque éste es el retoro no que Él espera y desea de su amor, pues sabe que en amarle á Él está nuestra felicidad y bienaventuranza». Y en otra parte dice (2): «¡Oh suavidad, oh gracia, oh fuerza del amor! El más Alto de todos se hizo más Bajo que todos». Pero ¿quién pudo esto? *El amor, que no conoce majestad, y en la dignación ó condescendencia es rico, en el afecto poderoso, en el persuadir eficaz. ¿Qué cosa más violenta?*

Triunfa de Dios el amor, para que sepas haber sido obra de amor derramarse la plenitud, allanarse la alteza y acompañarse la singularidad. Maravillosa lucha la de Jacob con el Ángel; pero fingióse Dios allí vencido, y al fin se vió libre de las manos de Jacob; mas en la lucha del amor, aunque quiera, no puede. El Patriarca decía (3): *No te soltaré hasta que me bendigas*; y una ánima santa y enamorada, asida de Dios, dice (4): *Téngole, y no le soltaré*. No dice: echadme vuestra bendición, soltaros he; sino: ya que os tengo, no

(1) Cum amat Deus non aliud vult quam amari, quippe qui ob aliud non amat nisi ut ametur, sciens ipsos amore beatos qui se amaverint.—Ber., serm. 87, super cant.

(2) Amor dignitatis nescius, dignatione dives, etc. Bernard. ubi supra.

(3) Non dimittam te nisi benedixeris mihi.—Gén., 32.

(4) Tenui eum, nec dimittam.—Cant., 3.

he de soltaros, porque no quiero vuestra bendición, sino á Vos. ¿Qué tengo yo en el Cielo, ó qué busco fuera de Vos en la Tierra? (1). Dijo muy bien el devotísimo Bernardo: «Que el amor desprecia todo lo que no es la cosa amada, porque con la posesión de ella se halla contento y rico». Tiene, pues, la esposa al Esposo, y no le suelta porque Él quiere ser tenido, y, para que sin soltarle le tenga, Él con su poderosa mano la tiene á ella. *Tuviste*, dice el Profeta, *mi mano derecha* (2). Como si dijera: para que yo os tenga, me tenéis Vos; que, si no me tuvieseis, ni yo oraría ni podría teneros.

Todo esto hemos dicho para que se vea lo que puede el amor, y no nos maravillamos si le viéremos triunfar de los hombres, pues que así triunfa de Dios. Pero muy digno es de consideración, especialmente para esta lucha espiritual, lo que hizo el Patriarca para entrar en la suya, y el tiempo en que luchó; porque, como cuenta la divina Escritura, no llevó consigo hijos, ni mujer ni hacienda, sino solo fué, y á solas peleó con el Ángel; porque estas cosas exteriores son carga y estorbo grandísimo á los varones espirituales para negociar con Dios; y es locura muy grande querer seguir á Cristo, descalzo y desnudo, calzados y vestidos, y correr tras este

(1) Quid enim mihi est in Cælo, et a te qui volui super terram?—Ps. 72.

(2) Tenuisti manu dexteram meam.—Ps. 72.

Gigante divino y poderoso cargados como bestias.

Cuando Moisés hubo de sacar de Egipto por orden de Dios al pueblo de Israel, envió mujer é hijos á su suegro Jethro, por ir desocupado y libre por el camino de la tierra de promisión. Esto mismo hicieron los Apóstoles y hacen todos los varones apostólicos que á lo menos, para tratar con Dios, libentan el corazón y, en cuanto pueden, dan de mano á todas las cosas de la Tierra; porque el que pretende la amistad estrecha del Criador, y no se dejase de lo que hay en el mundo, es como el pájaro que está pegado en la liga, que, deseando volar, menea las alas, mas nunca se levanta en alto. *Si para alcanzar una corona y palma corruptible*, dice el Apóstol (1), *se desnudan y despojan los corredores y luchadores*, ¿cuánta mayor razón será que hagamos nosotros otro tanto por la incorruptible y perdurable corona? Pero porque en diversas partes de este tratado hacemos mención de este desapropiamiento y renunciación de las cosas temporales y de la propia voluntad, será bien considerar el tiempo de esta batalla, el cual se entiende haber sido de noche, por lo que el Ángel dijo á Jacob: *Suéltame, que viene el día* (2). Toda la noche peleó, y en viniendo el día pide ser suelto, porque no hay tiempo tan á propósito para la oración y

(1) I Cor., 9.

(2) Dimitte me quia aurora est.—Gén., 32.

lucha con Dios como el de la noche, así por la quietud que hay en ella, como por la soledad del corazón, el cual, para este alto ejercicio, conviene que esté sosegado y sólo, y todo recogido en sí mismo, como se dice de Josaphath, *que, lleno de miedo todo, se acogió á la oración*. Y de Salomón se escribe, *que de todas sus entrañas pidió á Dios la sabiduría* (1). Y el santo profeta David en un salmo dice: *De todo mi corazón os he llamado: oidme, Señor* (2). No conviene poneros á luchar con el fortísimo y poderosísimo Dios, de burlas y con descuido, sino recogidas en uno todas las fuerzas interiores y exteriores. Aquel lugar de San Mateo (3), donde dice: *Que oremos cerradas las puertas*, entiendo yo, no tanto por la vanagloria que se nos puede ofrecer siendo vistos orando, como por la soledad del corazón, el cual se va fácilmente tras cualquiera niñería que miramos. Fuera de esto, aquel silencio de la noche es muy á propósito para esta espiritual batalla y lucha divina, y para la comunicación y trato con los espíritus bienaventurados.

Los hombres sensuales y terrenos piensan que ordenó Dios la noche para que la durmiesen toda, ó para que, como perros nocharnegos, cazasen en lo vedado por su divina ley; y vive muy engañado el que tal piensa, porque no la

(1) Sap., 8.

(2) Clamavi in toto corde meo exaudi me Domine.—
Ps. 118.

(3) Matt., 6.

hizo sino para que en ella le busquemos y nos acordemos de sus beneficios. «Otros esperan, Señor, la noche, dice David, para arrojarse en la cama y descansar, y las mañanas para dormir el sueño (que ellos llaman de la salud); pero yo me acuesto para llorar y acordarme de Vos, y en esta consideración y meditación me suele amanecer (1).

Léanse las vidas de aquellos santísimos Padres del yermo, muchos de los cuales jamás para dormir se acostaron; y si esto hacían, era en la tierra desnuda por cama, y con tanta moderación, que uno de ellos, Arsenio, vino á decir que para el siervo de Dios bastaba una hora de sueño, y ésta no quería dar á su cuerpo los sábados en la noche, que al ponerse el sol comenzaba á orar, y cuando salía se hallaba en la oración. ¿Qué diré de San Onofre, que en muchos años no vivió debajo de tejado, ni hizo cama sino en el desierto, y cuando y donde le apretaba el sueño descansaba un poco? Dijo muy bien San Jerónimo escribiendo á Eustaquio (2): «El que con facilidad se deja vencer del sueño, no tendrá fuerzas para resistir al demonio». Pudieron decir estos gloriosos luchadores, y los que en esto les imitaron, lo que el Após-

(1) Sic memor fui tui super stratum meum in matutinis meditabor in te.—Ps. 62.

(2) Non potest resistere diabolo, qui facile superatur a sonno.—Hieron. ad Eustoc.

tol (1): *Todos somos hijos de la luz, y por consiguiente de Dios, que es Luz, y no de la noche ni de las tinieblas.* Luego, si somos hijos de la luz, obligación tenemos á velar y no á dormir como los hijos de las tinieblas, que con demasiado regalo y sensualidad hacen de los días noches. Entre día nunca faltan cuidados que nos saltean y roban la memoria de Dios; pero de noche, cuando todo está sosegado y quieto, fácilmente levantamos á Él nuestro corazón. «En la noche, dice Crisóstomo, está el ánima más pura, más ligera y sutil para levantarse sobre sí, y las mismas tinieblas y silencio nocturno la convidan y despiertan á compunción y lágrimas» (2).

Si os ponéis á mirar al cielo en una noche sosegada y serena, veréisle lleno de ojos, como un Argos divino, centelleando y echando rayos de sí, *cantando*, como dice el Profeta (3), *la gloria de Dios.* Y si os convertís á mirar la tierra, hallaréis que los que entre día reían, saltaban, jugaban y negociaban sin sosiego, y eran inventores de infinitos males, no difieren en nada de los que están muertos y en las sepulturas, y entonces condenaréis la locura de los hombres, su arrogancia, vanidad y necia presunción, porque el sueño y la noche retratos son de la muerte,

(1) Omnes nos filii lucis, et filii Dei sumus non noctis, neque tenebrarum.—Ad Phil., 5.

(2) Igitur non dormiamus sicut cæteri, sed vigilemus et sobrii simus. Hom. 42, ad Pop.

(3) Ps. 8.

y las dos cosas que más nos enseñan á filosofar cristianamente. «Póstrate en tierra, dice Crisóstomo, híncale de rodillas, gime en la noche, ora á tu Dios para que te sea propicio, porque mucho le agradan y aplacan las oraciones nocturnas, cuando tú conviertes en tiempo de lágrimas el que tiene diputado naturaleza para descansar y dormir» (1). Dividió muy bien el Profeta el día y la noche, aplicando al día las obras de misericordia, y á la noche las divinas alabanzas (2). Ocupaos de noche en alabar á Dios y en tratar con Él, que de día Él se irá aunque vos no queráis, para que os ocupéis en las de misericordia, en visitar el enfermo y encarcelado, gobernar la familia, sustentar los hijos y criados, y en otras obras de piedad. Que aun allá Moisés subía de cuando en cuando al monte á luchar con Dios, y bajaba á tiempos á hacer adobes con el pueblo. No siempre habéis de ser María, que está toda colgada de Dios, sino á tiempos Marta, que atiende al regalo de Cristo y de sus siervos.

(1) *Flecte genua, in nocte gemit, Dominum tuum ora tibi, fieri propitium, plus enim nocturnis placatur orationibus, cum quietis tempus, tu luctum tempus facis.* — Chr., ubi sup.

(2) *In die mandabit Dominum misericordiam suam, et nocte canticum ejus.* — Ps. 41.



CAPITULO VIII

DONDE SE PROSIGUE ESTA MATERIA DEL TIEMPO DE LA ORACIÓN Y SE ALABA MUCHO LA NOCHE.

VA yo oigo las excusas de muchos que, á mi parecer, los acusan más. ¿Cómo queréis, dice el trabajador y negociante, y todos los que trafagan en el mundo, que oremos de noche, quedando hechos pedazos de las ocupaciones del día? Con el bocado en la boca nos dormimos, sin poder rezar un sólo *Pater noster*. Yo lo creo por cierto; pero preguntote, hermano, á cualquiera que te excusas ó te acusas: ¿sería razón que trabajases por el Cielo lo que trabajas por el lodo? Si el herrero gasta la mayor parte de la noche con un pesado martillo de hierro en la mano, tragando chispas y humo por dos reales de interés, ¿qué mucho sería que encendieses tú la fragua de tu corazón siquiera una hora cada noche, no para labrar calderos ni ollas, ni otras cosas á este tono, sino para labrar tu alma, que vale más que todos los tesoros del mundo?

«Bien me podéis creer como experimentado, dice Crisóstomo (1), que no tiene tanta virtud el fuego para purificar y limpiar de orín el hie- rro, como la oración de la noche para purificar el alma y limpiar el orín de los pecados». ¡Oh cosa para llorarse con lágrimas de sangre, que no hagan los hombres por el Cielo lo que hacen por el lodo! ¡Que no hagan por Dios lo que por una criatura! El Sabio dijo (2): *Si buscares la sabiduría como el dinero, sin duda la hallarás*. No pide Dios más cuidado en su servicio que el que pones en allegar basura. Eso es lo que dijo San Pablo (3): «Como á hombres os hablo, y aconsejo, como á flacos y quebradizos, y así no os pido que sirváis á Dios á otro paso que servíais al demonio; siendo siervos del pecado, ninguna obediencia reconocíais á la justicia, libremente andabais por donde se os antojaba: ahora que tratáis de ser justos, no tenga que ver en vosotros el pecado». Bendito sea mi Dios, que se contenta con que trabaje para gozarle lo que trabajaba y trabajo para condenarme y arder en el infierno. San Agustín decía (4):

(1) Crede mihi, non ita rubiginem ignis extorquere solet sicut oratio nocturna nostrorum extorquet rubiginem peccatorum.—Chr. T. 5.

(2) Prov., 6.

(3) Humanum dico propter infirmitatem, sicut exhibuistis membra vestra servire iniquitati ad iniquitatem, ita exhibete membra vestra servire justitiæ in sanctificationem, etc.—Rom., 6.

(4) Præpone animam tuam caligæ tuæ.—August.

Estima más tu alma que tu calza, que si se rompe la cosas, ó haces otra de nuevo. Crisóstomo se maravilla de nuestra ceguedad, y exclamando dice (1): ¿Qué miseria ni qué desventura puede llegar á la de algunos pecadores, los cuales no igualan á Cristo con el demonio en los servicios?

Dijo muy bien un sabio, que mucho más trabajan los malos para condenarse, que los justos para salvarse. Lo cual tiene verdad, si se considera que los buenos obran con amor y esperanza de premio, y los malos sin lo uno y sin lo otro.

Y, volviendo á nuestro propósito, digo que la noche es muy acomodada para la oración y contemplación, no sólo por lo que los santos dicen, sino por lo que vemos haber hecho Cristo, el cual, después de haber predicado todo el día y ocupádose en las obras de misericordia con los prójimos, se retiraba á los desiertos para gastar en ellos las noches orando. San Lucas dice que *se fué á orar al monte, y trasnochaba en la oración de Dios* (2). ¿Adónde estaba allí, señores míos, la cama regalada de marfil? ¿Dónde las sábanas de Holanda perfumadas, las almohadas y regalillos de costosas labores, y el dormir siete horas, como dicen los galenistas

(1) Quis enim eo usque infeliciter natus esse queat ut nec studii tamtundem Christi, quantum peccati ac Diaboli servituti impendat.—Chr.

(2) Luc., 6.

espirituales de estos tiempos, tan sin espíritu como yo? ¿Qué es del aposento esterado y entoldado, el dosel de tela de oro y el cojín de seda para las rodillas y el oratorio lleno de dijes, más para distraer el corazón por los ojos que para despertar la devoción y las lágrimas? La tierra desnuda era la cama, sobre una dura piedra reclinaba su cabeza, al sereno estaba descubierta, los ojos clavados en el cielo en medio del silencio de la noche. ¡Qué gemidos saldrían de aquel abrasado y tierno corazón! ¡Qué lágrimas correrían por las divinas mejillas, pidiendo perdón de nuestros pecados al Padre!

Toda la noche de claro en claro pasaba Cristo en la oración para enseñarte á ti á orar en ese tiempo; pues así como en él suelen respirar las plantas, que dejó caldeadas y marchitas el sol del día, y recibir el rocío y el fresco del cielo, así el alma, caldeada de los deseos y ardores de la carne, acosada con los cuidados y desasosiegos del día, se refresca con el rocío de la gracia, y crece con el agua de las lágrimas que brotan del corazón en el silencio de la noche.

Pero es mucho de considerar lo que, tratando de esta vela de Cristo, dice el Evangelista. *Trasnochaba en la oración de Dios*, pues parece bastara decir *en la oración*, pues no habia de ser la de Cristo, sino la de Dios. Casiano dice que aquella se llama oración de Dios que vos hacéis inmediatamente á Él y no por medianeros,

y pone un ejemplo: Vais á la corte, dice; frecuentáis la casa de un grande, importunáisle con ruegos para que ruegue por vos al rey; va otro más atrevido y confiado, pónese á la puerta de Palacio, da voces porque le aprieta la necesidad, y llama al rey; bien se ve que la una de estas peticiones es con medio, y la otra sin él.

Muy buena es la oración que se hace á los santos, que son privados y grandes de la Casa de Dios; pero ninguna mejor que la que se hace derechamente á Dios sin medio, especialmente cuando el que ora se siente favorecido de Dios; de aquí es que como Cristo, en cuanto hombre (que como tal oraba), fuese el más privado y favorecido de Dios, no se aprovechaba de medios en su oración, no pedía á los ángeles que intercediesen por Él, sino Él mismo negociaba y trataba rostro á rostro con Dios. Y esto significa aquella palabra en la *oración de Dios*; como si más claro dijera: gastaba Jesucristo toda la noche á sus solas con Dios en los negocios de nuestra salud. Otros dicen que es frase hebrea; que en aquella lengua, como no tiene superlativos para encarecer mucho una cosa, usan de este genitivo *Dei*, de Dios; y así dicen montes de Dios, cedros de Dios, que es lo mismo que montes altísimos y cedros muy levantados; y aun en nuestro español decimos pan de Dios y vino de Dios para encarecer la bondad de lo uno y de lo otro. Y según esto, lo que quiso significar el Evangelista, cuando dijo que Cris-

to trasnochaba en la oración de Dios, fué que su oración era perseverantísima, fervorosísima y altísima; era oración que no paraba hasta Dios.

De esta manera oraba aquel gran caudillo del pueblo de Israel, al cual, no moviendo sus labios, dijo Dios (1): *¿qué voces son éstas que me das?* ¡Cosa extraña! No abre Moisés la boca, y dice Dios que le atruena; era oración de Dios, fervorosa, perseverante y salida de las entrañas y corazón. Es muy propio de hombres afligidos sacar el corazón en la oración y presentarle todo á Dios. Así lo aconseja Jeremías, diciendo (2): *Derrama como agua tu corazón delante el acatamiento de tu Dios.* No dice como aceite ni como miel, que siempre de estos licores queda algo pegado al vaso, sino como agua que, en trastornándole, no queda gota. Gran cosa es ver filosofar á San Crisóstomo sobre el primer verso del salmo 129, donde el Profeta, con grandísimo sentimiento, dice (3): *De los profundos te llamé, Señor: oye mi oración. ¿No bastará decir: lláméte, Señor, con la boca ó con la lengua, sin añadir de los profundos? No, dice Crisóstomo; porque muchas veces habla la boca lo que no está en el corazón, y otras sin saber lo que ha-*

(1) Éxod., 14.

(2) Effunde sicut aquam cor tuum ante conspectum Domini.—*Thren.*, 2.

(3) De profundis clamavi ad te, Domine, Domine exaudi vocem meam.—*Ps.* 129.

bla; pero la oración del Profeta es oración salida de lo más profundo del alma y de lo más hondo y secreto de sus entrañas, lo cual se requiere para que sea oída y recibida de Dios.

Tienen estas oraciones gran poder, y no las trastorna ni perturba el demonio, aunque con grande ímpetu las acometa. Como el árbol que ha echado hondas raíces, y se ha apoderado de los senos de la tierra, resiste á cualquiera tempestad y viento; pero el que quedó en la superficie ó sobre haz, el menor airecito del mundo le derriba y echa por el suelo. Así, la oración que sale de los profundos del alma, aunque se levanten tentaciones, pensamientos importunos y todo el infierno armado contra ella, no ha de derribarla. Tal era la de Ana, madre de Samuel, de quien dice la Sagrada Escritura (1): *Sus labios se movían y su voz no se oía, pero oyóla el Señor.* Si de esta manera orásemos nosotros, aunque no fuésemos luego oídos, perseveraríamos orando; mas como nuestra oración sólo sale de la boca, las hojas que de los árboles se menean nos la impiden, y un ratoncillo nos inquieta y quita el sosiego y paz del alma. *La olla que cuece á borbollones,* decía un Santo, segura está de las moscas y del gato; mas, la que no cuece, á todo da lugar. Oremos de lo profundo de nuestros corazones para que no se nos atrevan los demonios, ni los vanos y malos pensamientos

(1) I Reg., 1.

hallen asiento en nosotros. Y para que confiadamente podamos decir con el Profeta: *Domine, exaudi vocem meam*. Ya yo he hecho lo que es de mi parte, que es llamaros de lo íntimo de mi corazón; haced vos ahora lo que es de la vuestra, que es oirme.



CAPITULO IX

EN QUE SE DECLARA CUÁL HORA DE LA NOCHE ES MÁS Á PROPÓSITO PARA LA ORACIÓN, Y OTRAS CIRCUNSTANCIAS NECESARIAS PARA ELLA.

BIEN parece que bastaba lo dicho acerca del tiempo de la oración, especialmente ayudados de tantos y tan graves testimonios en favor de la noche; pero porque no todos somos Arsenios, Hilariones ó Antonios, que, á imitación de Cristo, juntaban el día con la noche orando, y en este ejercicio se les ponía el sol y les amanecía, acomodándome con el Apóstol á la flaqueza de los hombres, quise determinar aquí cuál de las vigiliass ó parte de la noche es más á propósito. Porque sin duda ninguna conviene mucho al varón espiritual tener hora señalada para con veras vacar á Dios y tratar de su salvación. Que como para la necesidad del cuerpo se busca el tiempo más conveniente en que reciba refección una ó más veces en el día, así al ánima que desea vivir en el amor divino le importa y es muy necesario tener señalado